

Estética o ideología

Jacques Rancière traslada al mundo del arte la vieja retórica contestataria

Por Enrique Lynch

EL ESTATUTO TEÓRICO —para no llamarlo simplemente filosófico— de la estética ha sido siempre problemático. El pensamiento antiguo no nos ha deparado una estética en sentido cabal. El medioevo y el Renacimiento, *pace* los muchos manuales de historia de las ideas estéticas que afirman lo contrario, desarrollan vagas teorías acerca de la belleza, unas más platónicas o aristotélicas o neoplatónicas que las otras, pero ninguna estética *in nuce*. La estética solo alcanza su plenitud cuando la cultura europea concibe un nuevo indefinible (el arte), al que asocia un tipo de experiencia inefable (la llamada experiencia estética) e inicia de manera radical y decisiva el camino hacia su propia secularización. Como nadie ha sabido nunca qué demonios es el arte, ni ha conseguido explicar en qué consiste lo propio y específico de la experiencia estética y, por lo demás, la secularización ha terminado suplantada por una extravagante religión del arte que administran de forma caprichosa los artistas endiosados, los críticos, los gestores de los museos y los mercaderes de obras de arte, la estética está en constante crisis de identidad, agravada porque se ha convertido en cajón de sastre adonde van a parar los discursos filosofantes que no encajan en el *corpus* filosófico originario compuesto por la metafísica, la ética, la política, la física, la retórica y la lógica; lo que le ha permitido desarrollar una gran variedad temática, disfrutar de un auge que lleva ya un par de siglos y ha fecundado la aridez propia de la especulación filosófica. También —admitámoslo— ha sido caldo de cultivo para ideologías aberrantes, pretextos para las reflexiones de literatos y diletantes y vía de legitimación teórica para un buen número de charlatanes.

Recientemente han aparecido algunas contribuciones que dan una idea de la amplitud de los temas de la estética. Dos de ellas forman parte de la excelente colección *Léxico de Estética*, dirigida por Remo Bodei originalmente para la editorial boloñesa Il Mulino y que entre nosotros viene publicándose desde hace algún tiempo La Balsa de la Medusa, en ediciones donde, por desgracia, se suelen encontrar muchas erratas. De esta colección tengo especialmente presente el primer volumen, a propósito de lo bello, firmado por el propio Bodei; y un muy inteligente ensayo de Maurizio Ferraris sobre la



Nicole Kidman, en una imagen de la película *Dogville* (2003), de Lars von Trier.

imaginación. Las últimas incorporaciones son: un breve manual sobre las teorías de la belleza en la Edad Media, obra de una medievalista de la Universidad de Milán, y un ensayo de Massimo Fusillo que pasa revista a la riquísima interacción entre la estética filosófica contemporánea y la teoría literaria, iniciada con la obra de los primeros románticos alemanes en Jena. El libro de Fusillo tiene además un interés particular puesto que —cosa rara entre las monografías de estética literaria— dedica una sección a repasar someramente las poéticas, por llamarlas así, ensayadas por algunos escritores, de Proust a Martín Amis. La tercera sección, en cambio, enseña lo difícil que resulta orientarse en el territorio laberíntico de la estética literaria y, al mismo tiempo, lo fácil que resulta para la estética contemporánea escorrerse hacia el campo de los así llamados “estudios culturales”, donde los contornos propios de la estética y lo que su tradición ha llamado “literatura” quedan definitivamente borrados.

Si los libros de estos investigadores italianos nos dan una versión actual de la estética como disciplina académica, el volumen que reúne varias conferencias dictadas por Jacques Rancière en diferentes contextos, bajo la advocación de un supuesto “malestar”, sirve en cambio para ejemplificar hasta qué punto la estética puede devenir (o ser instrumentada como) ideología. Rancière es un viejo conocido en esta deriva del pensamiento contemporáneo. Junto con el hoy *aggiornado* Alain Badiou, Étienne Balibar, el desdichado Poulantzas y el propio Clément

Rosset, entre otros, formaba parte de una nutrida camada de marxistas estructuralistas apadrinada por el malhadado Louis Althusser, desde su puesto como director de la École Normale Supérieure.

En los años setenta del pasado siglo, sus intereses no eran estéticos sino que más bien era dado a especular sobre la llamada “práctica-teórica”, pseudofilosofía de la historia que no practicaba nada y que, como teoría crítica, se limitaba a adecuar el estalinismo a las pautas de la moda estructuralista de París. En un pasaje memorable de *Parado imperfecto*, donde Tony Judt relata sus años como estudiante en esa ciudad, se traza un retrato muy ajustado del califato que entonces ejercía Althusser y que —como era de prever— no sobreviviría al desplome de la URSS y llevaría a sus acólitos a desbandarse y reconvertirse en psicoanalistas, estetas y filósofos de la cultura.

Reconversión relativa como demuestra este libro, donde, junto a las abundantes citas de artistas contemporáneos, las inevitables paráfrasis de las *performances* y las instalaciones artísticas, el consabido *name-dropping* donde no faltan Beuys, Judd, Boltanski o las películas de Lars von Trier, en patética mezcolanza con Schiller, Hegel o Mallarmé, asoma la conocida fraseología althusseriana que, trasladada a la estética, “descubre” (cómo si no) que la estética en realidad es política y esta, “la manera en que las prácticas y las formas de la visibilidad del arte intervienen en el reparto de lo sensible y en su configuración, de donde recortan espacios y tiempos, sujetos y obje-

tos, lo común y singular” (página 35). Fiel a su formación juvenil, Rancière desgana sedudas reflexiones trufadas con categorías redundantes (“régimen estético del arte”, “régimen representativo de las bellas artes”, *aistheton*, “forma de aprehensión sensible”, etcétera), que suenan como aquellas pergeñadas por Althusser (“aparatos ideológicos del Estado” para referirse, por ejemplo, al sistema de la educación pública) y que producen pasajes como este: “Esta disolución ética de la heterogeneidad estética va de la mano de toda una corriente contemporánea de pensamiento que disuelve la disensualidad política en una archipolítica de la excepción y reduce toda forma de dominación o de emancipación a la globalidad de una catástrofe ontológica de la cual solo un dios puede salvarnos” (páginas 57-58). Clichés aparte, hasta el más incauto de los lectores reconocerá aquí la vieja retórica contestataria, trasladada al mundo del arte. Pues bien, esto, puro *bullshit* ideológico, también ha devenido en estética; pero yo no deseo a los lectores que tengan que pasar por ello. ●

Estética de la literatura. Massimo Fusillo. Traducción de Francisco Campillo. Visor-La Balsa de la Medusa. Madrid, 2012. 272 páginas. 16,90 euros. **La estética medieval.** Mariateresa Fumagalli Beonio Brocchieri. Traducción de Juan Antonio Méndez. Visor-La Balsa de la Medusa. Madrid, 2012. 144 páginas. 12,90 euros. **El malestar en la estética.** Jacques Rancière. Traducción de Miguel Ángel Petrecca, Lucía Volgefang y Marcelo Burrello. Clave Intelectual. Madrid, 2012. 168 páginas. 15 euros.



www.elboomeran.com

El Boomeran(g)
Más literatura en español

El portal abierto de los blogs literarios

Rafael Argullol, Félix de Azúa, Basilio Baltasar, Joana Bonet, Javier Fernández de Castro, Víctor Gómez Pin, Eduardo Gil Bera, Juan Pablo Meneses, Vicente Molina Foix, Julio Ortega, Edmundo Paz Soldán, Patricio Pron, Sergio Ramírez, Vicente Verdú [...]

